

La hispanidad y lo nacional en el pensamiento de Pablo Antonio Cuadra (Nicaragua, 1912-2001)

Alicia Inés Sarmiento*

Introducción

El presente trabajo se inscribe en el área de los estudios culturales, bien que desde una matriz muy diversa de la que ha impregnado, *ad nauseam*, los estudios hispanoamericanos en las últimas décadas. Pretende esta investigación cubrir un vacío en la historia del ensayo hispanoamericano que se nutre en los años cuarenta y cincuenta de una producción notable por la profundidad del pensamiento y por la calidad literaria de la escritura que lo sostiene. La relación del ensayo con la realidad, ya largamente estudiada, merece un enfoque que se mantenga al margen del determinismo materialista y de la dialéctica al uso de los teóricos que han fundado los estudios culturales del siglo XX, cuyos tautológicos resultados repiten incesantemente sólo las relaciones del poder subordinado a las fuerzas económicas y dejan fuera de toda consideración una riquísima problemática espiritual que recorre el pensamiento de Hispanoamérica. En efecto, en todo estudio cultural fruto de la concepción moderna -pensamos en la quiebra producida por el pensamiento occidental entre las nociones de *naturaleza* y *libertad* producida por Descartes, luego reconocida por Kant y Hegel sin que el resultado fuera la necesaria sutura entre ambas nociones-, está presente, en unos casos de modo solapado y en otros explícitamente, la reducción de la noción de Cultura a las instituciones sociopolíticas, en la que el Arte, también restringido a una función puramente revulsiva, opera como un movimiento dialécticamente negativo frente a tales instituciones. De ahí pues la necesidad de una vuelta a la concepción clásica de Cultura para poder dar cuenta de todos los factores que dinamizan este espacio de las producciones humanas, particularmente el Arte, dentro del que, en Hispanoamérica, incluimos al ensayo como un género literario de carácter mixto que admite ser leído desde los supuestos de la Retórica, en la medida en que su finalidad no se limita a la catarsis o al gozo sino que intenta también la persuasión. Cabe señalar aún que, como ya fuera reconocido por Don Alfonso Reyes, la “torsión ética del pensamiento hispanoamericano” orientada a la acción reclama para sí un género capaz de mover las conciencias a la concreción en acto de las ideas.

La tradición

Desde esta perspectiva, hemos planteado la investigación de la obra

ensayística y poética de un grupo de autores a los que en muy pocas ocasiones se los estudia en conjunto ya que desde esa óptica saldría fácilmente a luz la existencia de una línea de pensamiento fuerte y sistemático en torno a cuestiones axiales en Hispanoamérica. Ellas constituyen lo que podría ser reconocida como la Tradición en el pensamiento hispanoamericano y en su literatura. Damos a este término el sentido más lato y primordial en tanto reconoce su origen en un tronco filosófico y teológico común, el de la *filosofía perenne*, en el que también el arte, como concepción y creación poética, tiene una clara definición. Así pues, desde este mismo realismo filosófico perseguiremos las líneas de desarrollo de esta fecunda tradición.

Con este fin, planteamos una metodología de trabajo que dando prelación a objeto formal, la literatura, en este caso los ensayos y poemas del corpus de autores seleccionados, contemple el recurso permanente a la historia, la filosofía y la antropología como ciencias auxiliares. Intentaremos de este modo demostrar la hipótesis que afirma la existencia en Hispanoamérica de *una tradición poética y de pensamiento* que se sostiene a lo largo de su existencia histórica y que suele emerger con particular fuerza en los momentos de conflicto para dar una respuesta a los mismos. Caracteriza a esta tradición haber ido definiendo, a través de los años, las notas que constituyen la identidad de Hispanoamérica a partir de su origen, del que ha ido también despejando leyendas negras, prejuicios ideológicos e ignorancias consentidas, para poder, desde estos supuestos, dar con la cabal originalidad de Hispanoamérica, en su ser y en su cultura, frente al mundo.

La línea caudal del ensayo

Resulta oportuno recordar ahora que la línea caudal de la ensayística hispanoamericana ha sido la de definición del *ser de América*, visto desde las diversas variables ideológicas y sostenido sobre diferentes pilares estructurales, sobre los que se hacía bascular su definición: sea este la tierra, la Historia, la sangre, la lengua o la conciencia de los que la pensaron. Esta última variable responde más que ninguna otra a la concepción moderna de signo marxista que rechaza la existencia de una posible identidad estable. En estos casos, el *ser de América* se reducía en su condición a un simple ser de conciencia, ideal, fundado sólo en el devenir y en el cambio que este acarrea olvidándose de las evidentes constantes que permiten predicar de una posible entidad de carácter histórico. Porque, en efecto, es posible aceptar la existencia de un ser de América siempre que se admita su condición de *quid subsistens*, es decir, de una entidad existente en la medida en que es sustentada por sus constitutivos en equilibrio y unión armónica: la territorialidad, la aceptación de la historia común y todos los signos que marcan desde el origen su cultura: la noción del hombre, la religión y la lengua portadora de una visión del mundo y de la vida. Así, pues, es dable reconocer, según los tiempos, *un ser de América* más o menos saludable y, en ocasiones, en franca decadencia amenazado por fuerzas disolventes, sean estas externas o interiores.

Es copioso el corpus de ensayos que coinciden en centrar la definición en la *condición mestiza*, aun cuando no siempre reconozcan a la sangre hispánica como troncal y sería prolijo enumerar las variantes del indigenismo ya largamente debatido. Sin embargo, no siempre se ha reconocido con igual firmeza el valor fundante de *la tierra* en la configuración del carácter americano como el nuevo espacio en el que se transfigura una herencia en la lucha contra un medio diferente. Porque es en este nuevo espacio material en donde valores y creencias se ponen en obras. En el encuentro del espíritu hispano con la materialidad de la tierra nueva se fragua el Nuevo Mundo. Pero, como reconoce San Pablo, si el hombre es básicamente espíritu, esto nuevo que se origina sigue siendo el mismo espíritu que le dio origen. España sigue, de este modo, estando viva en su proyección americana. En esta encarnación transatlántica vive lo mejor y más decantado del

alma hispánica, de ahí que no importe ya qué avatares sufra la historia peninsular, el momento originario continúa operante y fecundo. De hecho, la historia misma así lo ha demostrado.

En la configuración de una nueva cultura ligada raigalmente a España no es ajena a la Catolicidad como su signo distintivo. La Fe no se limita en su ejercicio al puro ámbito de la conciencia individual sino que cuaja en realizaciones en el orden social. En efecto, ilumina los saberes, las acciones y las obras: la jurisprudencia, la pedagogía, las diversas ciencias, el orden político y el económico regido, por una ética cristiana; el arte que, con la libertad que la Fe misma alienta en las representaciones, es alabanza y devoción, señalan que la Catolicidad trascendió en América el simple plano de las intenciones y los ideales. Es bien cierto también, como no reconocerlo, que no siempre y en todos lados la falible naturaleza humana los concretó fielmente. De este hecho, como de todo lo atinente al hombre, también es cierto, no siempre se ha hecho cargo la ideología a la hora de juzgar el valor de la fe católica en la configuración de la cultura hispanoamericana. En cuanto la Lengua, que ha operado como el tejido conjuntivo de estas nuevas realidades, no sólo en su función de vehículo de una visión del mundo y de la vida sino por el valor conferido a la palabra en el espíritu hispano ha dado lugar a una nueva literatura que se distingue desde sus primeras producciones por su sello de originalidad.

La Hispanidad

Sin embargo, se debe exclusivamente a la línea de la tradición la definición del espacio vital en el que la nueva cultura se desarrolla desde su origen, eso que podríamos denominar analógicamente como un *ámbito espiritual* ya que no sólo atiende la constitución del espacio territorial –de suma importancia en tratándose de América-, sino que funciona como el humus en el que alienta el espíritu que genera el pensamiento y las acciones de los hombres que en él viven inscriptos en el tiempo y abiertos a la trascendencia. Esta matriz capaz de generar religaciones básicas, en las que los hombres se reconocen y se relacionan entre sí y marca todas sus obras, es la Hispanidad. Ella es la zona que contiene, uniéndolos, los dos espacios territoriales: España y América y les da una dimensión universal.

Intentaremos, pues, perseguir esta noción, la Hispanidad, en las obras de pensamiento y en las creaciones poéticas de un grupo de hispanoamericanos, producidas en una coyuntura histórica decisiva para la subsistencia misma de la Hispanidad. En efecto, la conflagración civil española de 1936 a 1939 constituye una llama que aviva en la conciencia los lazos de filiación al tiempo que echa luz sobre la propia problemática continental y nacional. Así, desde diversas latitudes emerge nuevamente la voz de la tradición, siempre como una afirmación y para dar renovado aliento a los hijos de Hispanoamérica frente a las ideologías.

El pensamiento de la tradición en las décadas del cuarenta y el cincuenta

La ensayística hispanoamericana de las décadas del '40 y del '50 está, como en la mayoría de los casos en este espacio de producción, marcada por los signos de la realidad. La Guerra Civil española y el triunfo de los sectores del Levantamiento Nacional representó, para buena parte de la intelectualidad hispanoamericana, por un lado, un hecho entrañablemente sentido casi como propio, a punto tal que no faltaron banderías apoyando a uno u otro de los sectores políticos en pugna, y por otro, la esperanza de que a través de un reentronque con la tradición hispánica, sería posible una nueva afirmación de la identidad del subcontinente. En efecto, a la luz de las nuevas circunstancias históricas de España se produce la necesidad de definir nuevamente los componentes espirituales, como

la misma Fe, culturales, como la lengua, y políticos, como el nuevo reconocimiento de la filiación con la idea del Imperio fundador y generador de una nueva Cultura, en afán de dar con las notas de la auténtica originalidad de Hispanoamérica.

No es ajena a este movimiento de las inteligencias, la situación de los países que la componen, los que, a pesar de los procesos de modernización en marcha, no habían alcanzado hasta ese momento la deseada madurez y estabilidad política y económica, particularmente frente a la amenaza contante de los EEUU.

Resulta una feliz coincidencia la aparición de enjundiosos trabajos de pensadores y poetas que se hacen cargo de esta tarea. Así, desde diversos países, las voces de Pablo Antonio Cuadra, Julio Ycaza Tigerino en Nicaragua; Osvaldo Lira y Jaime Eyzaguirre en Chile, Juan Briceño Iragorri en Venezuela, Eduardo Carranza en Colombia, expresan la necesidad de recordar el origen y caracteres que signan a los diversos pueblos en su relación con España. En todos ellos es dable observar la búsqueda de un espacio vital capaz de dar cuenta de las diversidades desarrolladas en el tiempo sin perder, no obstante, la unidad fundacional. Este espacio más que geográfico espiritual encuentra su definición cabal en la noción de *Hispanidad*.

Para explicar las razones de esta coincidencia hace falta, en cada caso, atender a la formación intelectual de los escritores sumada a su participación o juicio de los hechos nacionales de sus respectivos países.

Este estudio comienza con la consideración de dos obras de un insigne nicaragüense, Don Pablo Antonio Cuadra Cardenal.

Pablo Antonio Cuadra Cardenal (1912-2002)

In memoriam

Después de haber librado el buen combate, rindió sus armas ante su único Señor un nicaragüense insigne: Don Pablo Antonio Cuadra Cardenal, poeta, dramaturgo, ensayista, periodista, un humanista en suma y decididamente en serio. Después de haber amado con notable fidelidad durante noventa y nueve años a su Nicaragua natal y de haber soportado, según las crónicas de su país, una larga afección pulmonar, además de las frustraciones por los avatares de la historia de su patria, ha muerto en su casa de Managua, el 2 de enero de 2002, como un caballero cristiano, rodeado de sus hijos, nietos y bisnietos y de muchos amigos. Nicaragua declaró tres días de duelo nacional por "el más nicaragüense de nuestros poetas", como afirmara hace ya tanto tiempo Ernesto Cardenal.

Hemos querido comenzar el estudio sobre el pensamiento de Pablo Antonio Cuadra con las palabras del obituario que publicáramos a propósito de su muerte, en enero de 2002, en un diario de Mendoza. En efecto, Pablo Antonio Cuadra cubrió con su larga vida un tiempo decisivo de la historia de Nicaragua del que dio cuenta en sus ensayos y en su poesía.

Noticia biográfica PAC, como era conocido por sus amigos, nació en Managua un 4 de noviembre de 1912, hijo del historiador y abogado Don Carlos Cuadra Pasos y de doña Mercedes Cardenal. La familia regresó a Granada (Nicaragua) de donde era oriunda cuando él tenía cuatro años. Trasegó desde pequeño la enorme biblioteca familiar, en la casa granadina junto al Gran Lago y cultivó así al niño campesino que siempre habitó en él, en un entorno que no era ajeno ni la poesía ni a las preocupaciones políticas.

Por aquellos años era ya efectiva la intervención diplomática y militar de los Estados Unidos en Nicaragua, país que dependía económicamente de los banqueros neoyorquinos, quienes actuaban informalmente en nombre del gobierno

norteamericano pero sin una real autorización del Senado. La presencia de los “marines” de EEUU durante diecinueve años no sólo garantizaba la seguridad de las inversiones de sus ciudadanos en minas de oro, plantaciones, préstamos, ferrocarriles y bancos sino que demostraba fehacientemente que el gobierno de Managua era, en la realidad, un títere de Washington. A los “marines” se debe también la organización de una fuerza policial nacional, creada en sustitución del ejército debilitado e indisciplinado. Se trata de la tristemente famosa Guardia Nacional. Un solo general se resistió a tal sustitución: Augusto César Sandino, quien, con un grupo de hombres mal armados, hostilizaba por medio de ataques sorpresivos a las fuerzas invasoras, hasta rendirse en 1934 y ser muerto a traición por la Guardia Nacional. Así, la convulsionada vida de Nicaragua se debatía entre la dependencia de los EEUU, el intento del presidente mexicano Plutarco Elías Calles de sostener al presidente liberal Juan Sacasa y un auténtico deseo de independencia y orden.

PAC, concurre para su educación formal al Colegio Centroamérica de los padres jesuitas y más tarde estudió leyes en la Universidad de Oriente y Mediodía (Granada, Nicaragua), pero prefirió el trabajo de la tierra. Heredero de una rica tradición poética nicaragüense fundó, no obstante, la poesía nueva. Sus Poemas Nicaragüenses constituyen el primer libro de poesía de vanguardia escrito en Centroamérica. Desde fines de los veinte, con un grupo de amigos y parientes, José Coronel Urtecho, Ernesto Cardenal, Octavio Rocha, Luis Alberto Cabrales, Joaquín Pasos, entre otros, marcados por la fecunda lectura de la *Defensa de la Hispanidad* de Ramiro de Maeztu, organiza el movimiento vanguardista y dirige la *Revista de Vanguardia*. Cabe señalar que, por la situación política de Nicaragua, muchos de ellos habían estudiado fuera del país: en EEUU, en Francia, en donde habían absorbido novedades literarias y políticas a través de la lectura de Ezra Pound, T.S. Eliot, Apollinaire, Henry de Montherland, Paul Claudel, las publicaciones de la Acción Francesa y de la Acción Española y de las obras de Maurras. Según cuenta Eugenio Vegas Latapie en sus *Memorias Políticas* (1983), recibió en Madrid, por correo, en 1935 la espontánea colaboración de dos jóvenes nicaragüenses –Pablo Antonio Cuadra y José Coronel Urtecho–, para la revista Acción Española. Nació entonces una amistad sostenida epistolarmente durante la Guerra Civil hasta que, al final del conflicto, pudo Pablo Antonio viajar por primera vez a España. En esa ocasión recorrió algunos países de Europa pero el comienzo de la Segunda Guerra Mundial lo devolvió a Nicaragua. Allí ingresó, en 1945, a la *Academia de la Lengua* que fuera fundada por su padre en 1928 cuando era Canciller de Nicaragua. En ocasión del *XIX Congreso de la Pax Romana* volvió a España con la delegación de su país, junto con Julio Ycaza Tigerino y Carlos Martínez Rivas. Los tres jóvenes publicaron entonces en la revista *Alférez*. En 1948 retornó a España con motivo de la publicación en la primera plana de *Alférez* de su *Himno Nacional en vísperas de la luz*. La familia y otras actividades a favor de la patria ocuparon a PAC de modo permanente. En este sentido en 1940 y para sus amigos, fundó el Taller de San Lucas, cuyos frutos se recogieron en los *Cuadernos del Taller de San Lucas*, órgano cristiano de la cultura nicaragüense. La década de los cuarenta transcurre entre México, en donde trabaja en una editorial, y España en la que dicta cursos y conferencias, desempeña un cargo diplomático y es elegido presidente del Instituto de Cultura Hispánica. En 1950 vuelve a Nicaragua y a la tierra porque se dedica, aunque sin éxito, al cultivo del algodón. Publica en 1952 *La tierra prometida*, breve antología de su poesía seleccionada por su primo Ernesto Cardenal. Más adelante, invitado por su amigo Joaquín Chamorro, se hace cargo de la codirección de *La Prensa* y abre el suplemento *La Prensa Literaria* en donde permanece hasta fines de los ochenta. Cuando, en 1954, es asesinado el General Anastasio Somoza García, a raíz de la manifiesta oposición de PAC al régimen somocista sufre persecución y es finalmente puesto preso. La situación en Nicaragua lo mueve a publicar un pequeño trabajo llamado *América o el purgatorio*. En 1960, fundó y dirigió *El pez y la serpiente. Revista centroamericana de Cultura*, patrocinada por

una empresa privada. Ocupó desde 1964 la dirección de la Academia Nicaragüense de la Lengua, con Julio Ycaza Tigerino como secretario. Es oportuno recordar que los dos amigos cruzaron el siglo en sus cargos. Hasta su muerte, PAC fue rector de la *Universidad Católica Redemptoris Mater de Managua*.

Su labor periodística desarrollada fundamentalmente en *La Prensa de Managua*, e intensificó cuando, asesinado Pedro Joaquín Chamorro en 1978, debió ponerse al frente del diario y arriesgar su lucha contra la ya tambaleante dictadura. Fueron famosos sus artículos "Escritos a máquina" en los que al tiempo que, desde una perspectiva filosófica y políticamente realista, daba cuenta de los sucesos de la convulsionada historia de su país, formaba rectamente las conciencias de sus compatriotas. Fustigó con valentía los abusos del larguísimo gobierno de la dinastía de los Somoza. Enseñó desde allí a valorar la tradición hispánica y la condición mestiza de nuestra cultura. Intentó siempre comprender el sustrato ancestral indígena para explicar, desde él, algunos caracteres del alma nicaragüense. Su visión católica e imperial de la España fundadora cimentó su americanismo frente a la invasión extranjera y la disgregación de las naciones hispanoamericanas, particularmente las de Centroamérica. Adhirió con esperanza a la Revolución de julio de 1979 y a su proyecto nicaragüense pero, a los pocos meses, ante el giro cubano, la fuerte militarización del pueblo y la cada vez más violenta represión aplicada por los supuestos libertadores, hace oír su palabra de denuncia. Vive así un tiempo bajo amenazas hasta que es clausurada *La Prensa* por el Frente Sandinista de Liberación y debe entonces exiliarse y vivir gracias a las clases y a una beca en EEUU hasta que puede volver a la Patria. Ya ha sido estudiado y ponderado, a la luz de sus desastrosos resultados, el estadio revolucionario que padeció Nicaragua signado por una organización policial férrea, cárceles y torturas, el repetido sistema de delaciones y la falta absoluta de libertades, sumado a la total ausencia de la declamada independencia. El caso de Nicaragua reconoce el mismo centro de poder que los restantes países de Hispanoamérica que sufrieron la Revolución marxista: Cuba. Esto ha sido demostrado, junto a otras pruebas, por la presencia de jóvenes nicaragüenses en las milicias que pelearon en Angola. La imposición totalitaria del régimen en el orden político y en la cultura, que provocara la resistencia armada, hizo que la economía llegara a niveles nunca conocidos de pobreza y dependencia. El costo en vidas calculado oscila entre 45 y 50.000 muertos. Es con los acuerdos de Esquipulas en Guatemala, firmados en agosto de 1987, que habría de iniciarse un proceso lento de pacificación.

En septiembre de ese año, se permitió la apertura de *La Prensa*, el diario de la oposición. Cuando Violeta Chamorro, la viuda de Pedro Joaquín, ganó las elecciones en 1990 por el 54% de los votos, PAC estaba todavía enseñando en la Universidad de Austin, Texas. Los menguados datos recogidos sobre esta etapa de la vida de Cuadra no precisan el año exacto de su vuelta a Nicaragua, sólo mencionan que cuando lo hace continúa con el mismo entusiasmo, en las mismas tareas que antes de su partida lo ocupaban: la poesía, el periodismo, la Academia.

Distinguió a Pablo Antonio una generosidad proverbial para alentar a las voces más jóvenes de la poesía nicaragüense publicando sus obras en *La Prensa Literaria*. También, con humildad admirable, recibió los numerosos galardones con los que su obra fue reconocida: el *Premio Centroamericano de Poesía Rubén Darío* (1959); el de *Poesía Hispánica* (1965), el *Rimini*, en Italia (1986), el *Gabriela Mistral* (1991), y el *Premio Nacional de Humanidades* (1999). Finalmente, en el 2000 fue declarado *Ciudadano del Siglo*, premio con el que se coronaba una vida ilustre.

El pensamiento de PAC

No puede entenderse la orientación del pensamiento de Cuadra si no se atiende a su formación, en primer término, y las circunstancias concretas de su país

y del mundo, en el largo período de su existencia. Su nacimiento en el seno de una familia católica, la educación confesional con los padres jesuitas, quienes descubren su prematura vocación literaria, más el natural y acendrado amor a la tierra y en particular a la zona ganadera del Gran Lago, a sus gentes sencillas, cuyos cantos y leyendas nutren su imaginario infantil, se conjugan a la hora de definir su opción política: el nacionalismo. Junto a sus jóvenes amigos y parientes: José Coronel Urtecho, Luis Alberto Cabrales, Joaquín Pasos, Pedro Joaquín Chamorro, con quienes organiza la Vanguardia poética, pretende recrear lo que ellos mismos llaman “el ser y estar en Nicaragua”. Así, ante la patria amenazada por la intervención norteamericana adhieren a la heroica defensa de Sandino. PAC lo cuenta en su Libros *Torres de Dios*:

La bandera flameante de Sandino alzó vuelo entonces como un quetzal mitológico, entre las verdes selvas del norte. De fuera nos venían las formas nuevas para la expresión. De dentro surgía, con misterioso ardor telúrico, la materia caótica y violenta deseosa de expresarse. ¡Nunca hubo momento más lleno de relámpagos patrióticos que en aquellos años de tempestad nacionalista!

En efecto, el Nacionalismo se plantea como una repuesta ante el peligro de la ocupación extranjera y de las fuerzas interiores extranjerizantes. Así lo explica Enrique Zuleta Álvarez:

Después de 1934 y del asesinato de Sandino, se consolidó en el poder la familia Somoza y con ella el partido Liberal. El Partido Conservador fue lanzado a la oposición y en ese frente se fueron definiendo las ideas conservadoras con una vigorosa inflexión nacionalista. La tradición católica, hispánica y conservadora recibió el aporte Nacionalista con el acento puesto en el repudio al imperialismo norteamericano, que era el principal aporte de los liberales gobernantes. A partir de entonces, muy importante sector del Partido Conservador hizo suyas las consignas nacionalistas y los jóvenes que habían inaugurado estas tendencias en Nicaragua se incorporaron, cuando quisieron hacer política, al conservadorismo.

Entre 1933 y 1940, Pablo Antonio tuvo “una militancia política valiente y lúcida”. Colaboró en los periódicos *Reacción*, *Trinchera* y *Orden*, pero fue su vinculación con los grupos políticos europeos la que consolidó su definitiva formación en este orden: la lectura de la revista *Acción española*, dirigida por Ramiro de Maeztu, los artículos de difusión del pensamiento monárquico y tradicionalista de Eugenio Vegas Latapie y su posterior encuentro con él en España, además de la profundización en las ideas maurraccianas. En 1936 publicó en *Acción Española*, en los números 83 y 84, *Hacia la Cruz del Sur*, que fuera editado como libro en Buenos Aires en 1938.

Breviario Imperial

Esta obra publicada inicialmente en la Argentina, fue reeditada en España en 1940. Merece ser considerada no sólo por la enjundia de sus conceptos sino también por la belleza de su prosa ensayística. Desarrolla aquí PAC, en toda su dimensión, la visión nacional, la americana y la noción de Hispanidad como espacio material y como ámbito espiritual. Para mostrar la íntima relación entre estas dimensiones vuelve al origen: el Imperio Español. Desde su presente y ante las ruinas de una América desmembrada, reconoce que los elementos constitutivos de ese Imperio destruido, contra los que se ha atentado tantas veces: la misma tierra conquistada, la misma lengua, la misma religión, todos estos componentes aún

perviven en América “demostrando que aún somos capaces de abarcar la inmensidad de nuestro pasado” Entonces explica cómo la América fue hecha y configurada a través de la conquista en el molde imperial y cómo la revolución romántica liberal atentó contra los dos grandes pilares de esa conquista: La Catolicidad y la Hispanidad. Por eso afirma:

América ha sido formada a base de la Cruz y de la Espada. De la Cruz, arma de la Catolicidad, y de la Espada, arma de la Hispanidad; y si La Cruz y la Espada eran abolidas como signos sostenedores de del espíritu unidad de nuestras tierras, vendría –como ha venido-, la disolución y el caos levantando la masa amorfa sobre la cual opera la conquista, es decir el bárbaro.

El rechazo de PAC a las ideologías, tanto la liberal como la marxista, que vio encarnada en los viejos partidos políticos, nace de la observación de los resultados de su accionar en el presente de América. La actitud de inconformismo de los jóvenes es leída por él como el signo de este fracaso. Señala a continuación las actitudes que asumen los jóvenes ante la realidad de ese momento:1) la de los jóvenes hijos de políticos y de capitalistas que son enviados a estudiar a los EEUU:

Ellos serán mañana los que, cegados por el brillo áureo del adelanto material abrirán las puertas de sus nacionalidades a la penetración de esa “cultura” demoleadora, pagana y extranjera. Ellos son los adelantados del enemigo, los misioneros y predicadores de esa nueva “americanidad” yanquista. Ellos opondrán la “gran Democracia del Norte” a toda reacción nacional o imperial que será perseguida por fascista.

Esta es la llamada por él “mentalidad idiotizante” que infectará a la juventud con el fácil “microbio epulónico”. Sin embargo, frente a este reconocimiento, Pablo Antonio asume enseguida una actitud positiva cuando afirma que, pesar de que:

a la grandeza del heroísmo, de la virtud y de la fe que exalta la Hispanidad ellos opongán la fuerza del dinero y de las obras materiales, en esta batalla la victoria será nuestra. Porque bastó el gesto selvático de A.C. Sandino para que la América vibrara, bastó un canto de Rubén para que todos los labios latinos maldijeran a Roosevelt, “el cazador”. ¡La ruta de la sangre de toda una raza no la puede desviar un dique de oro!

2) La segunda actitud reconocida por PAC es la reacción indigenista detrás de que se solapa la ideología marxista que colabora, paradójicamente con los propósitos de Washington:

/.../ esta dura verdad: el indigenismo es al indio lo que la democracia es al pueblo, una fórmula política gracias a la cual el indio y el pueblo son engañados en beneficio de sus caudillos y de sus caciques.

Con estas observaciones profetiza lo que treinta y tantos años después ocurriría a los indígenas en Nicaragua por obra del Frente Sandinista de Liberación y que, en su momento G. Bataillon caracterizara como *etnocidio*. En efecto, los sandinistas combatieron a las comunidades indígenas que defendían su tierra y su lengua y que disfrutaban de una ventajosa autonomía (exención de impuestos y del servicio militar) heredada de la época colonial. Asesinaron a numerosos misquitos y aplicaron políticas de migración aberrantes:

La otra vertiente de la política sandinista consistía en desplazar a las poblaciones so pretexto de “protegerlas de las incursiones armadas de los antiguos guardias somocistas instalados en Honduras”. En el transcurso de estas operaciones, el ejército (Sandinista de Liberación) se hizo culpable de numerosos abusos. Miles de indios –de 7.000 a 15.000, según las estimaciones de la época- se refugiaron en Honduras mientras que otros miles –unos 14.000- eran encarcelados en Nicaragua. Los sandinistas disparaban contra los que huían a través del río Coco./.../ El propio Edén Pastora se manifestaría escandalizado en pleno Consejo de ministros: “Pero hasta el tirano Somoza los dejó tranquilos. Él los explotó, vosotros queréis proletarizarlos a la fuerza”. /.../ El hambre se convirtió entonces en una arma temible en manos del régimen. Las comunidades indígenas agrupadas en el centro del país recibían una cantidad limitada de comida, que les era entregada por los funcionarios del Gobierno. Los abusos de poder, las violaciones flagrantes de los derechos humanos y la sistemática destrucción de las aldeas indias caracterizaron los primeros años del poder sandinista en la costa atlántica.

Estas observaciones de los investigadores franceses exigen de mayores comentarios porque no hacen sino confirmar lo que en el pensamiento de PAC era una cuestión sapiencial.

3) Pablo Antonio Cuadra señala todavía una tercera forma de reacción, esta ya auténticamente positiva, en la medida en que busca la salud perdida en dónde verdaderamente se encuentra: en la Tradición en la que fuimos formados. La juventud tradicionalista que recoge el legado de los conquistadores y hace suyas para este fin las palabras de Ramiro de Maeztu: “que nuestro pasado nos aguarda para crear el porvenir, que el porvenir perdido lo volveremos a hallar en el pasado” Piensa por eso que estos jóvenes también pueden hacer suya la famosa frase de Ernesto Psichari: “Vayamos contra nuestros padres, al lado e nuestros antepasados”. Observa entonces algunos signos positivos en la cultura y particularmente en la literatura de este tiempo, conforme al decir de Jean Cocteau: “Bien canta el poeta cuando canta posado en su árbol genealógico”. De este modo, al rechazar tanto el materialismo infecundo cuanto el escepticismo paralizante, la vuelta de los jóvenes a la fe Católica, que es fuente de toda nuestra cultura individual y colectiva, es fuente de esperanza en un renacimiento de la América Hispana. Reflexiona aquí en el sentido profundo de la Hispanidad como unidad de espíritu de los pueblos de América y por tanto como unidad de destino. Es dable observar el eco del pensamiento *joseantoniano* en estas expresiones.

Cabría ahora preguntarse dónde encarnaría PAC el *Imperio* en América. Nada hay en el pensamiento de Cuadra que indique una simple nostalgia del pasado, un mero empeño utópico. Su realismo clásico se lo impide. Para Cuadra, Imperio es orden y verdad, es unidad, es autonomía conquistada. Es cierto que escribe su Breviario Imperial con el aliento de quien ha visto el triunfo del Alzamiento Nacional en España y a la España misma recobrada de la mediocridad y del odio al precio altísimo del heroísmo. Este hecho impregna de un tono épico sus reflexiones y le lleva a pensar en un resurgimiento de la América Hispana porque confía en aquellas remotas raíces conquistadoras, en la fuerza de la Fe como savia de la Cultura, que es la que en definitiva pone, como la Cruz invertida de Pedro, las raíces en el Cielo y da dimensión de eternidad a toda empresa humana.

El Nicaragüense

En 1969 las ediciones de Cultura Hispánica de Madrid recogen en un libro los artículos “Escritos a máquina” de PAC, que fueran publicados en *La Prensa* de

Managua a lo largo de varios años. Esta edición agrupa los artículos en dos partes: I, El Nicaragüense y II Otros escritos sobre El Nicaragüense. La razón de esta partición se descubre al hacer el balance final sobre la obra.

Su nieto Pedro Xavier Solís Cuadra, también periodista, quien estudiara en EEUU los ensayos de su abuelo, reconoce:

Leyendo los Escritos a máquina que publicaba como columna periodística, me di cuenta de que a pesar de que el periodismo es un bien perecedero, su obra periodística tenía elementos impercederos. Empecé a subrayar lo que más me gustaba y después de una lectura sistemática de todos los "Escritos a máquina" los ordené en forma de diccionario y esa fue mi manera de valorarlos y de darles lo que consideré una permanencia filosófica.

En efecto, estos escritos se configuran como verdaderos ensayos de definición del *ethos* nicaragüense y desarrollan una verdadera teoría acerca de las causas de tal carácter. En la breve extensión de un artículo periodístico y en sucesivas entregas, PAC va desgranando razones acerca de la dualidad permanente que es dable observar en las creaciones culturales nacionales y que podrían resumirse en una notable imaginación entendida como fantasía y fuerza creadora, que se conjuga en el alma nicaragüense con una sobriedad y casi desnudez de todo artificio. Para dar con el origen más remoto de esta dualidad PAC se remonta a las estelas y esculturas indígenas y, con solvencia de antropólogo, observa en ellas la presencia de un ser dual: un animal que ampara o sofoca al hombre, cuya representación es de un notable realismo. Las figuras pétreas revelan desde aquellas originarias representaciones lo que habría luego de desarrollarse en el carácter mestizo, las dos raíces, la indígena y la hispánica, operantes siempre en el carácter nicaragüense. Dedicó a la demostración de este aserto numerosos artículos en los que refiere la existencia tanto de elementos de la vida cotidiana, como la casa, el traje, la carreta, los aperos, cuanto gestos personales y colectivos y creaciones literarias populares y cultas, en los que, por otra parte, PAC pone de manifiesto su profundo conocimiento de la historia y la cultura nicaragüense y su formación universal.

Así, por comparación con la vecina Costa Rica, señala las características de la casa nicaragüense, despojada y austera, frente al adorno y colorido de la costarricense y reflexiona:

Finalmente, quiero terminar estos apuntes sobre la "tendencia a la simplicidad" en nuestras edificaciones con una advertencia: no hay que olvidar que el ejercicio más frecuente en nuestra pobre Patria, desde su fundación ha sido resucitar de sus cenizas. Nuestra arquitectura es sobria por ancestral tendencia de nuestro pueblo, pero es también la arquitectura del dolor. Hemos sido un país pequeño y poco poblado, devastado por los piratas durante tres siglos, por una casi exhaustiva Guerra Nacional contra los filibusteros, por las guerras civiles y por los terremotos./.../Entonces la sobriedad aparece como un cilicio de ruinas y de destrucción. ¡Entonces la sobriedad ya no se distingue de la miseria!

Sin embargo, este aspecto constructivo no revela la totalidad del espíritu nicaragüense, ya que este es capaz de reírse de su propia suerte. Este talante zumbón y dado al jolgorio y a sacarle punta al ingenio en la gracia verbal aguda y replicona representa el lado opuesto de la sobriedad y ambos conviven en el nica.

Esta unidad de los opuestos es dable observarla en las actitudes vitales:

En el criterio de cada nicaragüense el "yo" es inteligente. El "nosotros" es

estúpido. .El nica en singular es fanfarrón.

En plural es autocrítico. Y su crítica la realiza, sobre todo, con el arma de la burla o de la ironía.

El gozo del nicaragüense es la agudeza. Irrespetuoso con el genio, se embriaga con el ingenio. /.../

No se ha escrito todavía la historia de Nicaragua en función de la risa. Pero lo cierto es que el tipo nicaragüense llena de risa, empaca en risa, casi toda su actividad vital. Hasta su tragedia, cuando la tiene, la hace girar sutilmente hacia el terreno burlesco. En nuestro folklore, las consejas, cuentos y fábulas más populares son una expresión didáctica de esta tesis. La "burla" es el elemento educador creado por nuestra literatura popular, el arma para dar en el blanco de la moraleja.

Esta tendencia se conjuga, a su vez, en el lenguaje, con un decir directo, cuando ni hiriente que "tira la piedra y proclama la mano". Tampoco "elude lo feo, lo asqueroso o lo indecente". Por eso PAC se atreve a afirmar :

Siempre he creído desde que recorrí América entera y parte de Europa- que el pueblo nicaragüense es el pueblo más mal hablado el mundo. No que hable mal (al contrario, suele hablar con bastante dominio de su lengua, especialmente el campesino), sino que jamás esquivo las asperezas y dice sin eufemismos las cosas por su nombre manifestando más bien un goce en "mentar" la mala palabra y no en rehuirla

Invita al lector a confirmar este hecho en el refranero, en las canciones populares, en los cuentos tradicionales como el de *Tío Coyote* y *Tío Conejo*, en el *Güegüense*, a los que le remite como "prueba judicial" de su aserto. Curiosamente, los nica respetan cierto ámbito de referencias:

Sin embargo, es notable que este pueblo mal hablado sea absolutamente limpio es sus referencias lingüísticas a lo sobrenatural. En Nicaragua no existe la blasfemia. Con Dios la lengua del nica está en constante referencia de respetuosa dependencia. El "Dios mediante" y el "Si Dios quiere" no faltan nunca en sus frases. El nicaragüense tiene en su haber una de las expresiones providencialistas más hermosas del castellano: "¡Dios primero!". El nicaragüense guarda la asperidad de su lengua para con el prójimo. En pocos lugares se usa y se abusa tan brutalmente del cervantino y celestinesco "hijo de p." como en nuestra Patria. Extraño que un pueblo sentimental y caritativo como el nica, ponga alrededor de sí mismo, contra su prójimo, tan erizado cerco de adjetivos insultativos...¡Pero, a la realidad me remito!

Su lectura actual de el *Güegüense o macho ratón*, la primera pieza teatral de Nicaragua, cuyo original PAC había publicado por primera vez en su país en 1942, en el número 1 de los *Cuadernos del Taller de San Lucas*, le permite, a esa altura de su vida, reconocer que la vigencia de la obra deriva del hecho de que su protagonista es un personaje que el nicaragüense lleva en la sangre. Efectivamente y a pesar de que en el *Güegüense* los diálogos son bilingües –parte en español, parte en nahuatl y algunas palabras en mangué-, y de que el texto ha sufrido alteraciones y variantes, la "comedia danzante" se sigue representando año tras año, desde su origen probable en el siglo XVI. El tratamiento de la pieza le permite, en esta ocasión, usarla para reconstruir la fisonomía y el carácter del pueblo nicaragüense en el momento inicial del mestizaje, en la medida en que ella resume, en forma satírica , todas sus notas típicas. El protagonista, según lo ve PAC, pareciera llegar a la obra como un ser con existencia anterior a ella, como un tipo

que viene del pasado y del pueblo y que saltara al escenario del teatro mestizo, mestizándose él mismo. Así, aparece el *Güegüense*, desde su primera entrada, burlón, picaresco, igualado, crítico de personas, instituciones y costumbres y también transhumante. Esta última característica pareciera, en opinión de PAC, ser un signo más del *ethos* nicaragüense. Nuevamente se remonta a los ancestros indígenas para explicar la transumancia del nica, su anhelo permanente de correr aventuras en otras tierras. En las memorias legendarias de los antiguos “indios de Nicaragua y Nicoya” se hace referencia a un pueblo emigrante que habitaba en el desierto de Socomusco; donde, dominado por los Olmecas y ansiando libertad, consultó a los dioses y los dioses le ordenaron partir. Resulta interesante como signo de destino que la más antigua huella de un pie humano en Nicaragua (la huella de Acahualinca, en Managua) sea la de un pie que huye. Los restos y la historia de los cronistas dan cuenta de la índole nómada, itinerante o vagabunda de este pueblo. Estas observaciones le permiten afirmar:

En el estrecho corredor itmeño todas las razas que encontró España habían peregrinado y se movían, agujoneadas por un signo transeúnte. Y los desalojados y los desalojadores, y los que vinieron y pasaron, y los que vinieron y se quedaron, todos sembraron la inquietud vagabunda, imprimiéndose en unos y otras la misma psicología “porteña” del transeúnte, interesado por lo que sucede fuera, ansioso de la noticia que viene de la lejanía, pendiente de lo desconocido y sellado por la nostalgia.

Por el origen PAC se explica también el carácter extravertido del nica, su casa abierta hacia el exterior y su marcado *robinsonismo*, al cual ve como “nuestra tentación y nuestro peligro”.

La cifra de la identidad nicaragüense la encuentra en Rubén Darío. En ese “paisano inevitable” –como lo llamara José Coronel Urtecho-, PAC descubre que “Rubén *decía* a Nicaragua. Que era su palabra. La palabra del nicaragüense”. Reconoce, además que, una vez superado el período antipaterno del vanguardismo en el que los jóvenes consideraron a Darío como “nuestro enemigo”:

/.../ escribí un estudio de recuperación y descubrimiento, no solamente de Rubén, como nicaragüense, sino de nuestra dramática historia patria que se me hizo, gracias a él, inteligible y pronunciable.

Porque es como nicaragüense que Rubén percibe la realidad espacial y quien es, al mismo tiempo, un fruto de la historia. En el juicio de PAC, es un nicaragüense que empujado por la tradición y destino de ese país mediterráneo, se preocupa no sólo por su pequeña patria, sino por todo aquello que por ser profundamente nicaragüense es también trascendental y abarca a todo el mundo hispano y, por tal, a toda la civilización de Occidente. De ahí que su explicación de la valoración juvenil de Darío no deba ser percibida como una apurada y tardía justificación, antes bien pueda ser leída, a la luz de la reconocida humildad de Pablo Antonio Cuadra, como el juicio ponderado de un hombre de letras y de bien.

El ataque, o mejor dicho, la extrañeza nuestra ante la obra de Rubén fue el fruto de una visión superficial y apasionada de un momento revolucionario: nuestra literatura trataba de afirmar su nacionalidad (¡eran los años de Sandino!) –comenzaba a nacer una literatura nacional- y nosotros exigíamos a Rubén el tema nacional sin percatarnos de que nuestra vuelta a la tierra sólo era posible gracias al regreso de ese Ulises cuyo canto errante nos había recuperado las dimensiones universales de lo nacional. Sin él, no habíamos encontrado lo nacional, sino lo provinciano y folklórico; no habíamos *descubierto* sino que nos habíamos *sumergido* en la caverna y

en el dialecto.

Sus observaciones acerca de la transformación formal de la poesía de Darío cuando aborda los temas nacionales son acertadas, desde que es posible comprobar un proceso de “purificación y profundización” de *Prosas Profanas a Cantos de Vida y Esperanza*, por lo que no es casual la sobriedad y contención que caracterizan a la poesía de *Los bufones y Terremoto*. Este artículo de reparación se corona con su reconocimiento del poeta como “inaugurador” de la literatura nacional nicaragüense.

La segunda parte de este libro está constituida también por artículos sobre el *ethos* nicaragüense, sin embargo, estos se distinguen de los anteriores por una mayor concisión en la expresión y por la hondura metafísica y teológica de sus enfoques. Así, cuando vuelve a ocuparse del tema de la casa lo hace desde la perspectiva de la vida familiar amenazada, desde ese presente, por fuerzas desatadas contra las posibilidades del vivir mismo. Cuando reseña las características de la casa colonial que reproduce en su interior los ámbitos de la ciudad colonial no lo hace por nostalgia –“aunque tenía derecho a tenerla”-, afirma que aquella casa era “el ejemplo de una vida que supo hospedarse en un tipo de casa hecha para la vida y nacida de la autenticidad. Es el ejemplo de una cultura que produjo una casa”. Por eso se pregunta si la cultura contemporánea ha producido *su* propia casa y ahonda en el cuestionamiento: “¿no tenemos casa porque no tenemos realmente cultura propia?” Su visión crítica de arquitectura apunta hacia la inautenticidad de esa hibridación que no responde ni a la tradición ni a los requerimientos de la vida actual. Observa que el problema no pasa sólo por la cuestión económica desde que lo mismo se observa en la casa presuntuosa del nuevo rico, ni por la eficacia profesional de los arquitectos. El problema finca en la cultura imperante que ya no arraiga en el ser sino en el saber, de ahí que al no interrogarse por el ser resulte imposible encontrarse a uno mismo, en la tierra propia, en la propia historia y en propia vida.

La situación de la mujer merece de PAC reflexiones agudamente críticas acerca de la irresponsabilidad histórica del varón nicaragüense respecto de la prole. Ella se convierte por esta razón en “la tabla del naufragio”. En efecto, la carencia de institucionalidad familiar pareciera ser un lastre que se arrastra desde la época del primer mestizaje indo-hispano. Lejos de idealizar el asunto, descubre en el profundo sentimiento nacional hacia las madres la evidencia de un trauma social:

/.../ esa célula rota (la familia), imprime un sentimiento agudísimo de inestabilidad en las más profundas capas de nuestra estructura social. Constantemente tratamos de echar raíces, pero todo el movimiento adquirido por nuestra formación sin hogar, rompe las incipientes raíces y los hijos se suceden sin padre y los padres vuelven a desparramar su fecundidad sin techo fijo, sin cama estable, sin mesa común, sin diálogo, sin vínculo; quedando como resultado de la convulsa marea solamente un resto de naufragio, la nave rota de la madre, a la cual se agarra hambrientamente la prole, muchas veces para ahogarla en las aguas de la necesidad.

De este modo la mujer carga con el futuro en tanto que el varón es sólo el presente. La madre-abuela sigue siendo el soporte mayor de esta deshinchada formación familiar. Por eso, PAC se pregunta si la condición itinerante y vagabunda del nicaragüense no tendrá que ver con esa paternidad desenraizada y pasajera. Su reflexión final apunta a la necesidad de que el *sentimiento* profundamente cristiano del nicaragüense se convierta en una sólida “*moral* cristiana”.

La “vivandera”, la mujer comerciante, es otro de los tipos populares de Nicaragua. Su caracterización, como en todos los casos, lleva al autor a su

entronque con la historia y una reflexión crítica sobre el presente, en el recortado espacio del artículo:

/.../ retrocedí cinco o seis siglos y sentí cómo aquella mujer estaba allí ante mí trayéndome en sus gestos, en su destreza comercial, en su rostro perspicaz, una tradición lejanísima y potente, una antigüedad que se me perdía en el fondo del tiempo o en el fondo de sus ojos vigilantes y casi agresivos como los de un ave de rapiña./.../ Josefana, la vivandera, no viene en realidad de Rivas. Viene desde hace milenios peregrinando con una raza comercial y guerrera: la que dio nombre a nuestra patria: los Nicaraguas, adoradores de Mixcoa, dios del comercio.

Entonces, al tiempo que remite a los relatos de Oviedo y de Bobadilla que refieren la costumbre indígena de permitir sólo a las mujeres la labor comercial en el espacio del *tiengue* o mercado, prohibiéndola terminantemente a los varones, salvo que fueran extranjeros, cuenta la historia de su pueblo, que huyó de México y con permiso de los chortegas se asentó y comenzó a comerciar. Cuando descubrió que en el itmo de Rivas se cultivaba el cacao que era el árbol del dinero, los venció mediante una estratagema y se quedó con el negocio. Por eso las mujeres, cuando algo no tiene valor económico, recuerdan su antiguo reino y exclaman: “¡eso no vale un cacao!”. PAC reclama una historia, aún por escribirse, de la mujer comerciante porque el tiengue es obra femenina, como la pulpería, la venta, el mercado y la economía popular.

“Las etapas del patriotismo nicaragüense”, un artículo de mayor extensión respecto de los restantes, aparece como una síntesis del pensamiento de Pablo Antonio Cuadra acerca de la Hispanidad y lo específicamente nacional. En este texto brilla la formación teológica, filosófica e histórica del autor, capaz de encerrar en pocas páginas una lección de vida para los hispanoamericanos de todas las latitudes continentales. Así, después de definir la Patria como el “lugar de nuestros padres” confirma:

Espacio y tiempo –lo lugareño y lo histórico- hacen la Patria. Nicaragua como nacionalidad es joven pero como Patria es un proceso de milenios, un tejido antiquísimo de tierra y sangre que comenzó a gestarse en una gran revolución humana de América –luminosa, seguramente, en su tiempo, pero para nosotros oscura en su lejanía como la oculta formación del niño en el vientre materno -. Es la revolución que produjo la invención del maíz. La segunda gran revolución que transforma la vivencia de la Patria es el advenimiento del cristianismo que llega a nuestra Patria unido a la cultura de Occidente. La tercera gran revolución patria –transformación en las relaciones entre el hombre y su lugar y entre el hombre y su tiempo – se está gestando ahora y podemos llamarla para simplificar, la revolución de la máquina.

Esta es la hipótesis que Cuadra irá demostrando en los tres apartados que constituyen el ensayo. En el primero, refiere la significación de la experimentación en la siembra de semillas hasta la producción del maíz. El invento de la agricultura representó para los pueblos prehistóricos la garantía de su manutención y el arraigo a la tierra. Con ello, el hombre “adquiere el sentido de la *propiedad* y del valor de la *herencia*, basamentos de la *cultura*. El hombre ya no es sólo presente. Ya tiene pasado (tradición, experiencia capitalizada) y, por lo tanto futuro”. En este momento ubica PAC el germen de un sentimiento que, aunque tribal y de reducidos horizontes, habría de desarrollarse más tarde como amor al lugar. Sentimiento que, lo reconoce, estaba ensombrecido por el terror, en la medida en que a la naturaleza, deificada en sus fuerzas incontrolables, el hombre primitivo terminó sacrificando su propia vida. “La Patria era entonces un amor lleno de pánico”.

La revolución absoluta, medida por el grado de transformación que produce en el orden personal y en la organización social, la constituye la irrupción del Cristianismo y con él Occidente, considerando que en ese momento histórico Occidente era España. A esta cuestión capital dedica PAC el segundo apartado. Allí, señala las dos transformaciones fundamentales que supuso el impacto del Cristianismo: en cuanto a la relaciones con otros hombres, el indígena conoce la amplitud del mundo y su unidad; y respecto de su relación con la naturaleza experimenta una auténtica liberación. Por primera vez conoce que está por encima de ella y al recibir el anuncio de un *Dios-Hombre*, ya que murió por todos, y con su sacrificio canceló los sacrificios humanos a las deidades de la naturaleza. Entonces, la Patria adquiere otras dimensiones espirituales y amplía su horizonte. La Conquista, significó, por su parte, convulsiones, desplazamientos y mestizaje de sangres en un largo proceso hasta su plasmación en un ritmo de vida comunal y un conjunto de formas orgánicas que vinculaban al hombre con la naturaleza pero que, al mismo tiempo, le dotaban de señorío. Por ese rumbo se llegó en Nicaragua a una organización social, “levemente aristócrata” de hacendados, artesanos y caciques, en la que la familia –ambivalente entre la legitimidad y la bastardía-, no llegaba a consolidar el régimen de vida patriarcal. La economía básicamente rural era, en el decir de PAC, “pobretona pero abiertamente humana (economía de criadores de ganado, de sembradores de milpa, de clientelas familiares y de mercados populares)”. El sentimiento patrio, entonces, se daba “como costumbre”. La Independencia zarandeó estas relaciones pero la corriente patria no cambió su cauce. Es con la revolución industrial que el sentido o la vivencia de la Patria comenzó a sufrir una transformación. Cuando la invasión de la mentalidad comercial modificó las relaciones entre los hombres se advirtió que la pobreza no tenía defensa ante las nuevas posiciones de la riqueza; el patriarcalismo era un molde de fácil abuso para las nuevas formas de poder y la estratificación social levantaba barreras y negaba oportunidades a los menos favorecidos. El patriotismo se convirtió entonces en crítica y desasosiego. Ante la subsistencia de esta mentalidad hasta el presente de su escritura, que no respeta al indígena y que intenta barrer con la condición raigalmente católica del nicaragüense, el autor se pregunta:

¿Terminará con nosotros el patriotismo? ¿Surgirá otra relación del hombre nicaragüense con “el lugar de sus padres”? ¿Se vomitará toda la historia heredada para empezar de nuevo, con presuntuosa deshumanización, un mundo sin herencia, sin padres, sólo estado, pura estructura económica?.

PAC tiene, sin duda, presente la agitada historia de Nicaragua en el siglo XX y, muy particularmente, la que está viviendo durante el gobierno de los Somoza, a los que fustiga desde sus artículos de *La Prensa*. En ese tiempo, en efecto, si bien la industrialización y ciertos adelantos daban una pátina de modernidad a la vida del país, la corrupción, la falta de libertades y la enajenación del patrimonio común hacían temer por la subsistencia de Nicaragua como nación. Estas reflexiones se mantienen, sin embargo, en un nivel más alto ya que apuntan a la consideración del problema desde sus esencias. En ellas la visión de la patria asciende al “*quid susbsitens*”, de ahí que cierre el ensayo con la siguiente afirmación:

“La Patria sólo subsiste si subsiste lo humano del hombre. Y eta es la tercera etapa, la tercera prueba del patriotismo nicaragüense”.

Notas a la ensayística de Pablo Antonio Cuadra

Probablemente la nota más característica de los ensayos de PAC sea el asombroso equilibrio entre la perspectiva personalísima de su enfoque y la evidente objetividad de los argumentos, fundados en un saber probado y oportunamente

apuntado. Si en los escritos juveniles es posible advertir un mayor fervor en el modo de argüir y en el vigor de la expresión, en *El nicaragüense*, particularmente en la segunda parte, la fuerza no decae pero la expresión se concentra en frases cuasi epigramáticas, en imágenes que perfilan apretadamente un tipo o un problema. PAC es un pensador agudo y profundo, mas es, esencialmente, un poeta y esto sella la gracia y la potencia icónica de su decir. Nada hay en sus escritos breves y ágiles de trivial o ligero, en el sentido de superficial. Apunta siempre a lo medular de los asuntos que aborda y luego explica, con la claridad de un maestro, ofreciendo las pruebas y objetivando con casos, imágenes y relatos. Su acervo cultural pareciera ser infinito pero jamás abruma con erudición impertinente sino que remite, con un dato, a alguna fuente y sigue hasta dar con una conclusión que tiene, las más de las veces, el peso de lo sapiencial, es decir, del saber hecho vida.

Por estas razones, resulta inexplicable la escasa difusión de su obra por estas latitudes, reducida a aquellos que han rastreado profunda y honestamente todas las fuentes del pensamiento hispanoamericano. ¿Deberíamos, acaso, atribuirlo a mezquinas divisiones tribales o a fobias –para no mentar el odio-, que desde hace décadas campea hasta en algunos espacios académicos? Dejamos apenas apuntado el hecho. La obra ensayística de Pablo Antonio Cuadra vale por sí misma hasta tal punto que su sola lectura alumbró el espíritu y aviva el discernimiento. Este estudio ha pretendido solamente abrir las páginas de dos de las obras de PAC a fin de que los lectores interesados en el conocimiento de Hispanoamérica, en particular los más jóvenes, sepan que ellas existen.